

Traducción de
SILVIA VILLEGAS

Revisión de traducción de
ALICIA LEWCZUK y GABRIEL L. SAEZ

ROBERTO MANGABEIRA UNGER

LA ALTERNATIVA DE LA IZQUIERDA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés como *What Should the Left Propose*, 2005
Segunda edición en inglés como *The Left Alternative*, 2009
Primera edición en español, 2010

Mangabeira Unger, Roberto

La alternativa de la izquierda . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2010.

182 p. ; 21x14 cm. - (Tezontle)

Traducido por. Silvia Villegas
ISBN 978-950-557-838-2

I. Teorías Políticas. I. Villegas, Silvia, trad. II. Título
CDD 320.5

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Título original: *The Left Alternative*
ISBN de la edición original: 978-1-84467-370-4
© 2009, Verso

D.R. © 2010, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665 / 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-838-2

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Prefacio para otro tiempo</i>	9
<i>La dictadura de la falta de alternativas</i>	21
<i>La desorientación de la izquierda</i>	29
<i>La reorientación de la izquierda</i>	35
<i>Un agente: trabajadores que quieren ser pequeños burgueses...</i>	53
<i>Un agente: naciones que quieren ser diferentes</i>	59
<i>Una oportunidad: la cooperación favorable a la innovación</i>	61
<i>Los países en desarrollo: crecimiento con inclusión</i>	71
<i>Europa: la reinención de la socialdemocracia</i>	85
<i>Estados Unidos: esperanza para el hombre común</i>	97
<i>La globalización: qué hacer con ella</i>	125
<i>Dos concepciones de la izquierda</i>	139
<i>Cálculo y profecía</i>	151
<i>Posfacio: prefacio a la edición alemana</i>	157
<i>Anexo. Argentina y su rumbo</i>	171
<i>Índice de nombres y conceptos</i>	179

PREFACIO PARA OTRO TIEMPO

EL MUNDO no encuentra reposo. No ha abandonado la esperanza de encontrar un camino mejor para hacer realidad la promesa central de la democracia: reconocer y equipar el genio constructor del hombre y de la mujer comunes. La ambición que motiva esta búsqueda no es tan sólo el deseo de una mayor igualdad; es la exigencia de una vida mayor. Una vida de esta naturaleza debe garantizarle al pueblo algo más que una prosperidad y una independencia modestas, más que el alivio para los extremos de la pobreza, el trabajo duro y la opresión, aunque estos objetivos sigan estando hoy fuera del alcance de la mayoría de los seres humanos. También debe ofrecerles un ascenso hacia la experiencia de la autoposesión y la autoconstrucción, que ha desempeñado un papel central en el entorno cristiano, romántico y liberal de nuestras ideologías seculares de emancipación.

Durante mucho tiempo, la cultura popular romántica de todo el mundo –con sus fórmulas de engaño e inspiración– y lo que sobrevive de estas ideologías liberales y socialistas se han unido para prender fuego al mundo entero. Sin embargo, la izquierda no ha podido cumplir con su responsabilidad de continuar esta obra transformadora. De hecho, la izquierda está perdida. El propósito de este libro no es denunciar ni explicar esta desorientación. Es proponer una forma de superarla.

En la actualidad hay en el mundo dos izquierdas principales. Una izquierda recalcitrante trata de desacelerar la marcha hacia los mercados y la globalización sin ofrecer alternativa alguna. Su propósito es desacelerar esa marcha en aras de su base histórica, especialmente la fuerza laboral organizada establecida en los sec-

tores de la industria intensivos en capital. Esta parte de la sociedad –un sector de la población que se está reduciendo en casi todas las sociedades contemporáneas– ha llegado a ser concebida y a concebirse a sí misma como el repositorio de los intereses de una facción, más que como la portadora de los intereses universales de la humanidad.

Otra izquierda que ya ha claudicado acepta la economía de mercado en su forma actual y la globalización con su dirección vigente como algo inevitable y hasta beneficioso. Quiere humanizarlas. Con este fin, practica la redistribución compensatoria mediante políticas de tributación y transferencia. No tiene otro programa que el de sus adversarios conservadores, al que le aporta un descuento humanizador.

Necesitamos una tercera izquierda, decidida a democratizar la economía de mercado y a profundizar la democracia. Esa izquierda reconstructiva, hoy ausente, se propondría firmemente dar un nuevo sentido a la globalización con el fin de hacer del mundo un lugar más seguro para la convivencia de una pluralidad de poderes y visiones, donde puedan llevarse a cabo los experimentos nacionales de los que en gran medida depende nuestro éxito en el logro de la inclusión, la oportunidad y un potencial mayores. Esta izquierda propondría la reorganización de la economía de mercado como el marco para un crecimiento económico con inclusión social. En la prosecución de este objetivo trabajaría con miras a la coexistencia experimental de diferentes regímenes de propiedad privada y social, así como de diferentes formas de relación entre el gobierno y las empresas, dentro de la misma economía de mercado. Defendería un sistema de educación pública que equi-pe, informe y libere la mente mediante un método de enseñanza que sea a la vez analítico, dialéctico (que opere por el contraste entre diferentes puntos de vista) y cooperativo. Insistiría en hacer coincidir la gestión local de las escuelas con los estándares nacionales de inversión y calidad. No permitiría que nuestros intereses

morales en la cohesión social y la solidaridad se basaran exclusivamente en transferencias monetarias ordenadas por el Estado como redistribución compensatoria y retrospectiva. Afirmaría, en cambio, el principio de que todos deberían compartir, en cierta manera y en algún momento, la responsabilidad de ocuparse de las personas más allá de su propia familia. Una izquierda como ésta se comprometería además a construir una democracia que sirviera a nuestros principales intereses morales y materiales más que las versiones de la democracia existentes en la actualidad. Esta versión profundizada de la democracia adoptaría medidas que elevarían la temperatura de la política –el nivel de compromiso cívico– y que acelerarían el ritmo de la política –la facilidad para resolver el impasse–. Con tales medidas, las sociedades contemporáneas tendrían la posibilidad de volverse más diferenciadas según su concepción de sus intereses y sus ideales, en vez de continuar hundiéndose en una voluntad impotente y furiosa de diferenciarse. Debilitaría la relación de dependencia del cambio respecto a la crisis. Como resultado, les facilitaría el camino a las innovaciones políticas e institucionales necesarias para afianzar el crecimiento económico con inclusión social. Este libro esboza y defiende un programa para la izquierda definida por estas ambiciones.

En la actualidad, la base intelectual para una izquierda de estas características sólo existe de manera fragmentaria, como una expectativa. Este libro tiene como uno de los puntos de partida de su argumentación el repudio de muchas de las premisas de las teorías sociales –el marxismo, en primer lugar– que más han influido sobre la izquierda a lo largo de los últimos 150 años. Más aun, nuestra argumentación parte de una idea que rara vez fue adoptada por dichas teorías: la importancia práctica de la alianza entre la política transformadora y el pensamiento programático.

No basta con reunir pequeñas ideas prácticas acerca de los pasos a seguir en cada ámbito de la práctica social y la política

pública. También es importante insistir en la necesidad de grandes ideas sobre la dirección que es preciso tomar. Delimitar una ruta y definir cómo comenzar el viaje: ése es el don mayor de la imaginación institucional, la imaginación de alternativas a la práctica transformadora.

Para proveer hoy este don, la teoría no puede conformarse con los modelos de pensamiento acerca de la sociedad y la historia que siguen rodeándonos por todas partes. No puede permitir que la idea de las alternativas institucionales quede enredada en los presupuestos que dieron forma a gran parte de la teoría social clásica: que existe un repertorio cerrado de alternativas institucionales en la historia (como “feudalismo” o “capitalismo”); que cada una de tales alternativas forma un sistema indivisible que se mantiene o cae como un todo; que hay fuerzas que actúan como leyes –que el pueblo no puede controlar y apenas entiende– impulsando la sucesión histórica de dichos sistemas institucionales. No obstante, la teoría tampoco puede aceptar pasivamente la negación o trivialización de un cambio estructural y una discontinuidad en las prácticas dominantes de las ciencias sociales.

La alternativa de la izquierda requiere una imaginación programática que necesita, a su vez, una teoría. En cierto sentido, esta teoría aún no existe, o al menos no existe como un cuerpo de ideas ampliamente comprendido y aceptado. La izquierda no puede esperar a que una teoría de esta naturaleza surja, se desarrolle y resulte persuasiva. La izquierda debe prefigurar esta orientación intelectual tanto en su práctica como en sus propuestas.

Desde la primera edición de este libro (bajo el título de *What Should the Left Propose?* [¿Qué debería proponer la izquierda?]), se han producido tres acontecimientos que profundizaron la necesidad de un programa como el descrito y agudizaron su enfoque.

El primer fenómeno es la crisis financiera y económica mundial. El aspecto más desconcertante de la discusión en torno a la

crisis es la pobreza de ideas que la animan. Un keynesianismo disminuido y momificado ha actuado como la luz opaca bajo la cual tratamos de comprender y dominar el colapso.

En el mundo del Atlántico Norte, el debate sobre la crisis ha estado dominado por preocupaciones significativas, pero relativamente limitadas y superficiales: el rescate de los bancos quebrados, la regulación de los mercados financieros y la adopción de políticas fiscales y monetarias expansionistas. Hay otros tres problemas fundamentales que quedaron excluidos de la discusión: la necesidad de enfrentar y superar desequilibrios estructurales en la economía mundial, la oportunidad de dar nueva forma a los ordenamientos que dominan la relación entre finanzas y producción y la importancia de operar sobre la conexión entre recuperación y redistribución.

A cada uno de estos problemas más profundos podemos darle una respuesta que reduzca al mínimo el cambio en la manera vigente de organizar una economía de mercado. Pero también podríamos aprovechar el problema como una ocasión de convertir la economía de mercado en un vehículo más efectivo de un crecimiento económico inclusivo. La tarea y la oportunidad de la izquierda reconstructiva, hoy ausente, sería dar respuesta a lo segundo y combatir lo primero.

Con las formas actuales de organización de la economía de mercado, la producción se autofinancia en gran medida con los beneficios retenidos por las empresas. ¿Cuál es entonces la utilidad de todo el dinero acumulado en los bancos y en los mercados bursátiles? Se supone que ese dinero está destinado a financiar la producción y el consumo. En realidad, las finanzas, tal como están organizadas en la actualidad, tienen una relación episódica u oblicua con la agenda productiva de la sociedad. Permitimos que gran parte del potencial productivo del ahorro se derroche en un casino financiero.

La regulación de los mercados financieros podría ser el comienzo de un intento más amplio de rediseñar la relación entre las

finanzas y la producción, de modo tal que una parte mucho mayor de los ahorros a largo plazo tuviera un uso productivo. Una reforma de este tipo podría, a su vez, impulsar una mayor experimentación con las formas institucionales de la economía de mercado, con el consiguiente beneficio de mayor inclusión y oportunidades.

La recuperación y la redistribución pueden avanzar juntas. En Estados Unidos, epicentro de la crisis actual, la expansión de un mercado de consumo masivo durante la segunda mitad del siglo xx no se vio acompañada de una redistribución permanente y progresiva de la renta y la riqueza. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial hubo un período de redistribución progresiva. En las últimas décadas del siglo xx, en cambio, el país fue testigo de una fuerte concentración de renta y riqueza.

¿Cómo pudo hacerse compatible esta concentración con los requerimientos del consumo masivo? Parte de la respuesta a esta pregunta está en un aumento marcado del endeudamiento de las familias, que se hizo posible merced al uso de viviendas sobreevaluadas como garantía. Una seudodemocratización del crédito –una democracia de crédito en lugar de una democracia de posesión de la propiedad– ocupó el lugar de una redistribución progresiva de la renta y la riqueza. La crisis ofrece la oportunidad de rechazar este frágil reemplazo y de insistir en el vínculo entre recuperación y redistribución. Una redistribución efectiva y duradera debería resultar más de una ampliación de las oportunidades económicas y educativas obtenida mediante la innovación institucional, que de políticas impositivas y programas de transferencia. La cuestión central es influir sobre la distribución original de la riqueza y la renta reorganizando la economía de mercado –y no sólo tratar de corregir, cuando los hechos ya se han producido, los efectos de la organización actual del mercado–.

Si la izquierda tiene una propuesta, la crisis será su momento. Si la izquierda no logra desarrollar un programa, la crisis confirmará su fracaso, tanto intelectual como político.

Un segundo acontecimiento fue un cambio de dirección en el país más poderoso del mundo. Estados Unidos está experimentando uno de sus periódicos momentos de inflexión. Tal vez la nueva administración se mueva dentro de un horizonte muy restringido de ideas y ambiciones. Abajo la sociedad reclama impacientemente acciones que vayan más allá de lo que pueden abarcar esas ideas y ambiciones.

Una de las condiciones que hicieron posible el prolongado predominio conservador en la política estadounidense de la segunda mitad del siglo xx fue el fracaso del Partido Demócrata –partido tradicional de los progresistas– en la formulación de un programa convincente que diera continuidad al de Franklin Roosevelt: un programa capaz de responder a las necesidades y aspiraciones de la mayoría de la clase trabajadora blanca. En el marco de esta carencia de alternativas, otro presupuesto fue el éxito de los conservadores en la combinación de concesiones a los intereses materiales de las clases adineradas con propuestas que apelaban a la ansiedad moral de las clases pobres y endeudadas.

Éste era el momento para que apareciera una posición progresista que rompiera con las dos principales tradiciones de la política progresista en la historia estadounidense. La primera era la tradición de la defensa de la propiedad en pequeña escala y la pequeña empresa contra el poder económico concentrado. La segunda era la tradición de aceptación y regulación de la gran empresa por parte de un gobierno nacional fuerte. La piedra angular de la tercera tradición sería la innovación en los ordenamientos institucionales que definen tanto el mercado como la democracia.

Tal avance requeriría un cambio de conciencia y a la vez una reforma de las instituciones. Dicho cambio forzaría a los estadounidenses a dar fin a la exención de experimentalismo que tradicionalmente le han otorgado a sus instituciones. Demandaría que dejaran de cometer el pecado de idolatría institucional que ha contaminado su cultura política: la creencia de que en el momento de fundar

la república descubrieron la fórmula fundamental de una sociedad libre; de que esta fórmula sólo necesita ajustes periódicos cuando se encuentra bajo la presión de dificultades como una amenaza externa o el malestar económico; de que el resto de la humanidad debe adaptarse a esta fórmula o quedarse atrás.

¿Dónde está hoy en Estados Unidos la izquierda que pueda hablar con la voz de la alternativa ausente?

Tal vez el tercer acontecimiento que se produjo en los años siguientes a la publicación original de este libro sea menos dramático que los otros dos. Sin embargo, no es menos significativo en cuanto a sus consecuencias para el mundo y sus implicancias para la izquierda. Se trata del poder cada vez mayor, la autoconciencia y la acción conjunta de cuatro países: China, India, Rusia y Brasil. Juntos, representan en la actualidad cerca del 15% del PBI del mundo, más del 40% de la población mundial y más de un cuarto de la masa terrestre del planeta.

¿Seguirán resignándose a las formas actuales de la economía de mercado y al curso establecido de la globalización? ¿O se rebelarán, inspirando –en virtud de sus iniciativas– una política mundial que ostente la impronta de la alternativa de la izquierda?

El régimen económico y político internacional construido al terminar la Segunda Guerra Mundial y durante la segunda mitad del siglo xx ha tendido a estrechar el espectro de posibilidades institucionales que le impone al mundo. Los partidarios de este régimen no han esperado la convergencia institucional descrita y profetizada por las ideas dominantes. Han luchado para establecer y acelerar la convergencia institucional como condición, tanto para una economía mundial abierta como para la paz y la seguridad entre los Estados.

No obstante, la humanidad, tiene razones para resistirse a la fórmula que desearían imponerle. El logro de los fines que hoy gozan de mayor autoridad, incluyendo el objetivo del crecimiento econó-

mico con inclusión social, exige que amplíemos el conjunto limitado de alternativas institucionales que se ofrecen actualmente. Quienes buscan aplicar una fórmula institucional en nombre de la apertura económica y la seguridad política se arriesgan a convertir a los enemigos de la fórmula en adversarios de la seguridad y la apertura.

El exponente más claro de este problema es la evolución del régimen de comercio internacional. Bajo el patrocinio de la Organización Mundial de Comercio, el régimen ha evolucionado hacia un maximalismo institucional: la imposición a los países que comercian no sólo de un compromiso con una economía de mercado sino también de la conformidad con una variante particular de la economía de mercado. Por ejemplo, las normas restrictivas incorporadas cada vez en mayor número a los acuerdos de comercio proscriben, catalogándolas de “subsidios”, casi todas las formas de coordinación estratégica entre los gobiernos y las empresas. Estas mismas formas de coordinación fueron las que usaron los países ricos de hoy –con la única posible excepción de Gran Bretaña– para hacerse ricos.

De manera similar, y tomando otro ejemplo entre muchos, esas normas incluyen en su definición de una economía de mercado un sistema de propiedad intelectual –el sistema de patentes–, que representa un invento relativamente reciente y que amenaza con dejar muchas de las tecnologías de mayor valor para la humanidad en manos de un número reducido de empresas privadas multinacionales. Es de interés público ensayar y desarrollar otras formas de alentar, financiar y organizar la innovación tecnológica. Tales ordenamientos ya no estarían basados en los métodos de propiedad exclusiva de las leyes de patente.

El comercio mundial abierto no necesita estar organizado tal como lo está en la actualidad. Prueba de ello es el minimalismo institucional que caracterizó al régimen anterior del Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT). El principio rector de esa gestión previa fue hacer coincidir un máximo de apertura económica

con un mínimo de normas que fijaran limitaciones, especialmente normas referidas a la manera de organizar una economía de mercado. Los países del grupo BRIC (Brasil, Rusia, India, China) tienen más de un interés en común para establecer un minimalismo institucional como base del libre comercio mundial; también tienen el poder de comenzar a actuar en ese sentido.

En todo el mundo, los pueblos quieren que haya más –y no menos– espacio para alternativas, para contrastes, para divergencia, para experimentos, para herejías. No obtendrán lo que desean sin reconstruir los ordenamientos económicos y políticos internacionales en pro de un mayor pluralismo de poder y de visión.

Un esfuerzo tal encuentra un aliado natural en el potencial de resistencia que los países del grupo BRIC recién han comenzado a explorar. La alternativa de la izquierda ofrecería una perspectiva desde la cual interpretar ese potencial. La asociación de la alternativa de la izquierda con una resistencia a la fórmula por parte de China, India, Rusia y Brasil podría colaborar a convertir esta alternativa en una herejía universalizadora, más que en un conjunto de herejías locales, nacionales. Tendría el efecto de establecer la alternativa como un movimiento en la política mundial.

En China, India, Rusia y Brasil –cada país un mundo en sí mismo y, por esa única razón, sede natural de resistencia– la voluntad de resistir se ha visto inhibida, si bien nunca suprimida en su totalidad, por un colapso de la imaginación. En China y Rusia, el fracaso de la imaginación se vio agravado por una negación de la democracia. En los cuatro países, así como en gran parte del mundo, ha resultado imposible actuar sobre el vínculo entre la reconstrucción nacional y el pluralismo internacional sin rechazar las ideas que emanan de las autoridades, tanto académicas como políticas y económicas, de las democracias del Atlántico Norte. El servilismo intelectual que sigue prevaleciendo en cada uno de los países del grupo BRIC es la causa sorprendente e inmediata de su resignación al actual orden mundial.

La asociación de los intereses nacionales de estos cuatro países con la alternativa de la izquierda cambiaría la situación del mundo de manera decisiva. Es una asociación que depende de una combinación de pensamiento y política, de teoría y práctica.

Cuando en la actualidad se hacen propuestas de reconstrucción social como las que presentamos en este libro, distantes del orden establecido, se tiende a verlas como interesantes pero también utópicas. Si, por el contrario, las propuestas son cercanas a lo existente, las personas se verán tentadas a decir que son factibles pero triviales. En el clima de opinión reinante, todo lo que pueda proponerse como alternativa tiene grandes posibilidades de ser descartado como utópico o trivial.

Este falso dilema surge de una comprensión errónea de la tarea de la imaginación programática como instrumento de una política transformadora. No se trata de planes de acción detallados, se trata de trayectorias. No es arquitectura, es música. Los dos aspectos más importantes de una propuesta son determinar una dirección y definir los primeros pasos con los cuales podemos movernos en esa dirección, partiendo de donde estamos. Es posible formular cualquier propuesta que merezca ser pensada, ya sea en puntos relativamente cercanos o relativamente lejanos al estado actual de las cosas.

La trayectoria es más relevante que la cercanía respecto de las circunstancias presentes excepto para emprender la segunda tarea en importancia dentro del pensamiento programático: la elección de los pasos siguientes. Lo posible que importa no es el horizonte extravagante de posibilidades, sino lo posible inmediato: lo accesible con los materiales disponibles, desplegados en pos del movimiento en la dirección deseada.

El falso dilema que aqueja a nuestros argumentos programáticos se ve ahora fortalecido por otro problema. Hemos dejado de creer en las narraciones históricas universales que pretendían

explicar cómo y por qué los grandes sistemas de organización y conciencia cambian a lo largo de la historia. Las ciencias sociales positivas contemporáneas, con su impulso irresistible de racionalizar los ordenamientos vigentes, no nos brindan una comprensión del cambio estructural que resulte de alguna utilidad. Se nos niega una visión más clara y volvemos entonces a un estándar bastardeado de realismo: la cercanía a lo existente. Según este estándar, una propuesta es realista en tanto permanece cercana a la manera en que la sociedad está organizada hoy.

La parálisis de la imaginación programática alienta la creencia errónea de que lo mejor que podemos esperar es un matrimonio entre la flexibilidad económica al estilo estadounidense y la protección social al estilo europeo, dentro del reducido espectro de opciones institucionales disponibles hoy en el mundo. El repertorio de estas opciones se ha convertido en el destino de las sociedades contemporáneas. Ampliar ese repertorio es rebelarse contra este destino.

El núcleo de lo que significa ser de izquierda hoy debe ser la insistencia en esta rebelión, en pro de un intento por darles a los hombres y a las mujeres comunes la oportunidad de una vida mayor.

Agosto de 2009

LA DICTADURA DE LA FALTA DE ALTERNATIVAS

EL MUNDO está sometido al yugo de la dictadura de la falta de alternativas. Si bien las ideas, por sí mismas, no pueden derrocar esta dictadura, tampoco es posible derrocarla sin ideas.

En todo el mundo, los pueblos se quejan de que las políticas nacionales no les ofrecen alternativas reales; reclaman, en particular, alternativas que revitalicen, que renueven el significado y la eficacia de la antigua idea progresista de mejores oportunidades para todos: la oportunidad de asegurar las necesidades tanto morales como materiales de la vida; la oportunidad de trabajar y de ser atendido cuando no se pueda trabajar; la oportunidad de participar en los asuntos de la comunidad y la sociedad; la oportunidad de dar a nuestra vida un sentido valioso a nuestros propios ojos.

¿Es posible sugerir un camino a seguir sin extendernos demasiado? ¿Y hacerlo poniendo de manifiesto tanto las similitudes como las diferencias entre el camino a seguir por las naciones ricas y el sugerido para las naciones pobres? En mi opinión, es posible y, si lo es, debe poder hacerse en pocas páginas.

En la actualidad, muchos países están regidos por gobernantes que quisieran ser Franklin Roosevelt y no saben cómo. Muchos otros están gobernados por individuos que satisfacen tanto los intereses de las corporaciones como los resentimientos desesperados e invertidos de una clase trabajadora mayoritaria, que se siente abandonada y traicionada por los aspirantes a Roosevelt. Los auto-denominados progresistas aparecen en la escena de la historia contemporánea como humanizadores de lo inevitable: su programa se ha convertido en el programa de sus adversarios conservadores,

con concesiones cada vez menores. Presentan la claudicación disfrazándola de síntesis, por ejemplo, de cohesión social y flexibilidad económica. Las “terceras vías” que proponen son la primera vía endulzada: el edulcorante de la política social compensatoria y del seguro social como reparación por el fracaso en el logro de un aumento significativo de las oportunidades.

Las calamitosas aventuras ideológicas del siglo XX se han agotado. No ha aparecido ninguna ideología global que posea la autoridad universal del liberalismo clásico o del socialismo para reemplazarlas y para impugnar los ordenamientos que se asocian actualmente con las democracias ricas del Atlántico Norte y con las ideas que emanan de sus universidades. Con este sorprendente silencio del intelecto, con esta consolidación del predominio estadounidense, un orden agitado ha descendido sobre el mundo. Las guerras son locales: son expediciones punitivas emprendidas por la única superpotencia restante contra quienes la desafían o son producto de la opresión extrema y la resistencia desesperada en países divididos que se encuentran bajo el yugo de gobiernos despóticos. En vista de los recursos de gestión económica dentro de los países y de la coordinación económica entre ellos, no parece probable que se produzca un colapso económico cuya magnitud pueda aproximarse a la del desastre de los años treinta.

Los grandes teóricos sociales de Europa –Karl Marx, el primero de ellos– identificaron la dinámica interna de las sociedades –la revelación de los conflictos ineludibles y de las oportunidades perdidas– como la causa inmediata de su transformación. Estos pensadores estaban equivocados. La guerra y el colapso económico han sido los principales impulsores del cambio; fue la catástrofe –imprevista y descontrolada– lo que operó la reforma.

La imaginación tiene la tarea de hacer la obra de la crisis sin que haya crisis. No obstante, la elevada cultura académica de las naciones ricas, con su deslumbrante prestigio y su influencia internacionales, ha caído bajo el control de tres corrientes de pensamiento que

contribuyen a evitar que esta tarea se lleve a cabo. Los partidarios de estas tres tendencias suelen considerarse adversarios y rivales; pero, de hecho, son socios. En las ciencias sociales –especialmente en la más poderosa de ellas: la economía– reina la racionalización: la explicación del funcionamiento de la sociedad contemporánea se convierte en una reivindicación de la superioridad o de la necesidad de los ordenamientos establecidos en la actualidad en las naciones ricas. En los discursos normativos de filosofía política y teoría jurídica, la humanización lleva la voz de mando: la justificación de prácticas como la redistribución compensatoria por parte del Estado o la idealización del derecho como repositorio de políticas y principios impersonales que les harían la vida menos dura a los más pobres o a los más débiles. Las teorías más admiradas de la justicia dan una pátina de apología metafísica a las prácticas de tributación y transferencia redistributivas que adoptaron las socialdemocracias conservadoras actuales. De esta manera, los humanizadores esperan suavizar lo que ya no saben cómo cambiar o rehacer. En las humanidades, el escapismo está a la orden del día: la conciencia da una vuelta en una montaña rusa de aventuras, desconectada del rediseño de la vida práctica. Nos enseñan a cantar encadenados. La complicidad silenciosa, de estas tendencias racionalizadoras, humanizadoras y escapistas en la cultura universitaria deja abierto el campo para formas de pensamiento político práctico tan deficientes en comprensión como despojadas de esperanza.

En Estados Unidos, el Partido Demócrata, instrumento habitual del progresismo estadounidense, no ha logrado producir una secuela práctica y atractiva para el programa de Roosevelt, ni reemplazar la ruina económica y la guerra mundial como alicientes para la reforma. La mayor parte de la clase trabajadora blanca del país cree que las políticas que favorecen los demócratas –en tanto dichas políticas se diferencian en alguna medida de las que defienden los republicanos– son producto de una conspiración entre una parte de los ricos y gran parte de los pobres, orien-

tada a promover los intereses morales de los primeros y los intereses materiales de los segundos a expensas de sus propios valores y ventajas. En el reducido activismo gubernamental que favorecen los presuntos progresistas, esta mayoría ve muy poco que atiendan sus intereses y mucho que ofenden sus ideales –especialmente en la medida en que han apostatado de la religión de la familia–. Es mejor mitigar sus pérdidas achicando el gobierno federal.

El resultado del divorcio en el poder dominante mundial entre la mayoría de la clase trabajadora blanca –grupo que se ve a sí mismo como la “clase media”– y sus presuntos defensores es funesto para el mundo entero. Tiene el efecto de agravar una circunstancia sin precedentes en la historia moderna. Cuando –durante el episodio previo de globalización del siglo XIX– Gran Bretaña y otros poderes europeos ejercían un dominio menos total que el que hoy ostenta Estados Unidos, los debates ideológicos que se escuchaban en todo el mundo se reflejaban –de hecho, se consolidaban– dentro de los países más avanzados. Ahora el poder hegemónico no está en comunión imaginativa con el resto de la humanidad. Sus líderes, sus pensadores, su población miran hacia afuera y ven un mundo que seguirá siendo peligroso, pobre y carente de libertad a menos que se oriente hacia la misma fórmula institucional con la que creen haber sido bendecidos.

El resto de la humanidad, colmado de admiración por la exuberancia material y por el espacio personal de que gozan los estadounidenses, responde con imprecaciones, dejando entrever el pensamiento de que en última instancia se debe optar por la guerra si la claudicación es el requisito para la paz. Las creencias dominantes del pueblo estadounidense –que todo es posible, que los grandes problemas pueden resolverse si se los desmenuza y se los enfrenta uno por uno, que hombres y mujeres tienen en su interior, individual y colectivamente, el genio creador necesario para elaborar tales soluciones– no tienen en la actualidad una expresión práctica adecuada.

La parte más rica y más libre del mundo le ha mostrado dos caras al resto de la humanidad. La socialdemocracia europea pareció brindar una alternativa a la dureza del modelo estadounidense; si el mundo pudiera votar, quizás votaría convertirse en Suecia más que en Estados Unidos, una Suecia imaginaria. Entretanto, sin embargo, la socialdemocracia histórica ha perdido el corazón. Bajo la apariencia de un esfuerzo por conciliar la protección social de estilo europeo con la flexibilidad económica de estilo estadounidense, la socialdemocracia ha abandonado, uno a uno, muchos de sus rasgos tradicionales y se ha retirado a la defensa desesperada de un nivel elevado de derechos sociales.

Esta visión mutilada de la socialdemocracia ni siquiera puede enfrentar los problemas de las sociedades europeas contemporáneas ni cargar con el peso de las esperanzas de la humanidad. En la misma Europa, los antiguos progresistas aparecen como sobrios partidarios de las ideas de sus oponentes neoliberales. En muchos países, sus propuestas de reforma son repudiadas por una base social a la cual no se le ofrecen alternativas reales, y a la que las autoridades políticas y académicas le dicen que tales alternativas son inexistentes.

Cuando nos volvemos hacia el mundo que está fuera del refugio de relativa libertad y prosperidad del Atlántico Norte, sólo vemos fragmentos de alternativas factibles y atractivas, que no están expresadas en ningún proyecto –o familia de proyectos– que pudiera resultar atrayente para el resto de la humanidad. Entre los países en desarrollo que han logrado mayores éxitos en las décadas recientes se encuentran los dos más populosos: China e India. Cada uno de ellos ha logrado mantener cierto grado de resistencia a las fórmulas universales que dispensan las elites del Atlántico Norte y, en particular, Washington, Wall Street y las universidades de Estados Unidos. Cada uno de ellos se ha propuesto integrarse a la economía global en términos que les permitan organizar su vida nacional y orientar su desarrollo económico a su manera.

Sin embargo, en el gran país que ha sido el más fértil en materia de innovaciones institucionales –China–, el alcance y el desarrollo de tales innovaciones han permanecido subordinados a la defensa de un gobierno unipartidario. El papel que podría haber desempeñado un conjunto alternativo de ideas ha sido ocupado por actitudes genuflexas hacia la ortodoxia muerta, heredada del marxismo, y la fascinación por la nueva ortodoxia importada de la economía de mercado, tal como la entienden en las capitales políticas, financieras y académicas del Atlántico Norte. En India, con su democracia defectuosa, pero vibrante, la resistencia a esta ortodoxia importada ha tomado principalmente la forma difusa de la lentitud y la concesión, como si la cuestión fuera tomarse tiempo para recorrer un sendero que no tiene escapatoria. La región del mundo que demostró ser más dócil a las recomendaciones del Norte –América Latina– ha sufrido un descenso catastrófico en su posición relativa.

Históricamente se ha demostrado que la obediencia rara vez da buenos resultados; lo que obtiene dividendos es la rebeldía. No obstante, todavía carece de respuesta la pregunta referida al rumbo que debería tomar dicha rebeldía para impulsar las promesas de la democracia. Vemos en el mundo una ortodoxia político-económica universal desafiada por una serie de herejías locales. Sin embargo, sólo una herejía universalizadora tendría la posibilidad de contrarrestar una ortodoxia universal. Si la herejía es meramente local, tanto en su carácter como en su contenido, es muy probable que se la abandone ante el primer signo de dificultades o presiones. Si la herejía local logra resistir, su resistencia puede llegar a depender de una forma de vida consentida religiosamente, que no comulgue con los ideales democráticos y experimentalistas que defienden los progresistas.

Una herejía universalizadora parece ser el antídoto indispensable contra la ortodoxia universal en mercados y gobiernos tan resistida ahora en el mundo entero, ya sea en Francia y Alemania

o en Rusia, Brasil y Sudáfrica. Las razones no son sólo prácticas. Las causas del descontento –la primera de las cuales es no haber podido cimentar el crecimiento económico en una ampliación significativa de las oportunidades– son universales. Por otra parte, las formas establecidas de responder a ese descontento son exiguas e ineficaces. El repertorio de alternativas institucionales y políticas disponibles para la organización de la vida económica, social y política es hoy muy limitado. Si en cualquier región del mundo –rica o pobre– pudiéramos progresar en la expansión de este repertorio institucional y en la consolidación del progreso práctico con miras a ampliar las oportunidades, tal progreso podría tener implicancias para todos los países.

El intento de lograr crecimiento económico con inclusión social se combina fácilmente con la búsqueda de propuestas que sean más que soluciones locales a problemas locales. Prepara la mente para una herejía universalizadora. Sin embargo, no poder cimentar el progreso práctico en una ampliación sostenida de las oportunidades no es la única fuente de la infelicidad actual. Hay otra fuente poderosa de descontento: la queja de que la ortodoxia no permite que los países o las regiones del mundo desarrollen sus diferentes formas de vida y sus ideales de civilización, negándoles la oportunidad de albergarlos en maneras diferenciadas de organizar la sociedad. La ortodoxia exige una convergencia de todos los países hacia las instituciones y las prácticas establecidas hoy en el Atlántico Norte, así como una convergencia dentro de ese mismo mundo; parece, por lo tanto, el enemigo de diferencias profundas de experiencia y visión. A diferencia de la búsqueda de crecimiento con inclusión, el reclamo de pluralismo parece incompatible con una alternativa política y económica que alega ser generalizada en su relevancia y en su alcance.

No lo es. La apariencia de una paradoja se disuelve cuando se hacen explícitas dos premisas. La primera es que un pluralismo no calificado –una apertura a cualquier forma de vida nacional, cual-

quiera que sea su grado de despotismo y desigualdad— no puede formar parte del objetivo. La meta debería ser un pluralismo calificado: construir un mundo de democracias en el que se delega al individuo el poder de participar tanto como de disentir. No hay una interpretación única, no controvertida, de lo que es una sociedad democrática o de qué puede llegar a ser. Los ideales democráticos deben poder desarrollarse en sentidos diferentes, hasta enfrentados y, de hecho, si se desarrollan, es así como deben hacerlo. Bajo una democracia, las diferencias más importantes son las que están en el futuro, más que las que hemos heredado del pasado. Bajo una democracia, la profecía habla más alto que la memoria.

La segunda premisa es que el reducido repertorio de soluciones institucionales que la humanidad tiene hoy a su alcance —las formas existentes de la democracia política, de la economía de mercado y de las sociedades civiles libres— no ofrece las herramientas necesarias para desarrollar la diferencia nacional con una forma compatible con los ideales democráticos. Puede ofrecerlas un conjunto particular de innovaciones en la organización de las políticas, las economías y las sociedades contemporáneas. Este conjunto de innovaciones —gran parte del programa progresista que hoy debe promoverse en todo el mundo— define una puerta de entrada estrecha que la humanidad debe atravesar si ha de fortalecer su capacidad de crear diferencias sobre la base de la democracia. Este manifiesto esperanzado se propone describir esta puerta de entrada y la manera en que podrían encararla tanto las naciones ricas como las pobres.

Sin embargo, no podemos comprender este camino a seguir a menos que capturemos primero la naturaleza de los obstáculos que debemos enfrentar y las fuerzas y las oportunidades con las que podemos contar para recorrerlo.

LA DESORIENTACIÓN DE LA IZQUIERDA

HAY EN LA ACTUALIDAD cuatro motivos para la desorientación de la izquierda: la carencia de una alternativa, la carencia de una idea de mundo, la carencia de un agente y la carencia de una crisis. Enfrentar cada una de estas deficiencias de manera clara y directa es comenzar a ver cómo pueden abordarse. Es comenzar a redefinir qué debería proponer la izquierda.

La izquierda carece de una alternativa. El “dirigismo” no es el camino: la idea —ya desacreditada— de que el gobierno dirija la economía se ha tornado aun más irrelevante debido al rumbo del cambio hacia una economía basada en el conocimiento. La redistribución compensatoria no es suficiente: no es suficiente para contrarrestar las enormes presiones hacia la desigualdad, la inseguridad y la exclusión resultantes de la segmentación jerárquica de la economía, que crece incesantemente y es insuficiente para abordar los problemas de desconexión social y de menosprecio personal, que están mucho más allá de los límites de la redistribución compensatoria.

La izquierda parece hoy incapaz de manifestar qué debería defender, al margen de una economía dirigida por el gobierno o una redistribución que atenúe las inequidades y las inseguridades. Si afirma su actitud crítica hacia los ordenamientos establecidos, parece estar remontándose al “estatismo”. Si se da por satisfecha con la defensa conservadora de los derechos sociales tradicionales financiada por la tributación redistributiva y el gasto público, parece reducir drásticamente el alcance de sus ambiciones, convirtiéndolas en rehenes de restricciones al crecimiento económico y a las finanzas públicas que no sabe cómo suavizar.